

Y de pronto, Picasso*

Picasso inventó nuestro tiempo

Y de pronto, Picasso. Y con Picasso empieza de nuevo la historia de nuestra pintura, empieza en el momento justo, es decir, cuando más la necesitábamos. Es curioso lo que suele ocurrir en España: nuestros grandes pintores surgen de modo súbito, y son, en cierto modo, pintores sin antecedentes, pintores que no se insertan en nuestra tradición. Como todos recordaréis, Velázquez, Goya y Picasso se adelantan a su tiempo. Son pintores, impulsivos pero reflexivos, que coinciden en algo extraño: nunca están maniatados por la pintura y parece que vinieron al mundo para poner «la pintura en libertad». En efecto, así es. En muchos de sus cuadros, vuelve a empezar de nuevo la pintura. Creo que podría decirse que son pintores bautismales. Con ellos nace un arte nuevo.

Quisiera hablaros de Picasso, aún sabiendo que nada de cuanto digamos de Picasso será cierto. Esta opinión, sin embargo, no tiene demasiada importancia. No es necesario ser exactos, ya que Picasso se hubiese sonreído de esta pretensión. Basta con ir por buen camino. Para no equivocarnos en esto expondremos las opiniones de sus amigos más relevantes. Como decía el poeta Paul Eluard: «Cada vez estoy más seguro de que Picasso pinta como Dios o como el diablo», o el comentario de Apollinaire: «Picasso se encuentra entre aquellos que, como dijo Miguel Angel, merecen el nombre de águilas, porque superan a todos los demás y atraviesan las nubes hacia la luz y el sol. Y hoy, toda sombra ha desaparecido. El último grito de Goethe agonizante, “más luz”, asciende de su obra sublime y misteriosa». Cierto, así es: sublime y misteriosa. No cabe más precisión. Pero a nosotros lo que nos interesa más en este momento es su aportación al descubrimiento del arte contemporáneo. Ya dijo Guillermo de Torre que Picasso es el supremo ejemplo contemporáneo del espíritu creador. En efecto, entre todos los pintores, la obra de Pablo Picasso fue la que más intervino en la revelación del arte de nuestro tiempo, y este escrito tiene por misión investigar los pasos esenciales de este controvertido y deslumbrante descubrimiento. Mucho tenemos que agradecerle; todas las artes le deben algo. Él inventó nuestro tiempo.

* Conferencia pronunciada el 28 de octubre de 1988 durante el Primer Octubre Picassiano, en Málaga, organizado por la Fundación Picasso.

La contemplación creadora

Para no equivocarnos demasiado, comencemos por el principio. Y el principio del arte, en nuestro tiempo, es la disputa sobre el realismo artístico. En alguna ocasión en que mostraba sus pinturas a unos amigos, Picasso hizo esta confesión: «Veréis que, como todos los españoles, soy realista». No se molestó en explicar lo que quería decir con esta frase; no comentó tampoco, por qué pensaba que el realismo español era más adecuado, y más realista, que cualquier otro realismo. Penrose, que se refiere a esta frase en su biografía, se extraña de ello. Nada tiene de extraño, como vamos a ver, pero antes será preciso interpretar a nuestro modo lo que quiso decir. Creo que estaba aludiendo a la novela picaresca española, a la pintura de Velázquez y a las andanzas del Quijote que habían introducido, en el arte europeo, un nuevo tipo de héroe —el antihéroe según Américo Castro— y un nuevo tipo de arte, el arte del realismo o del verismo.

Tan dentro de él estaba, el realismo era tan español, que Picasso no perdió tiempo en demostrarlo: su obra lo demostraba y lo siguió demostrando hasta su muerte. Lo que se lleva en la sangre no necesita explicitarse: se demuestra viviendo, se demuestra pintando, y Picasso lo demostró. Lo que se lleva en la sangre no se puede desvirtuar, hasta morir por ello. Sin embargo, lo que valoro en esta frase es que alude al origen español de su realismo. ¡Ya es bastante! Y por ella sabemos que el realismo de Picasso era español de origen, pero también obedeció a otras leyes: a las leyes del arte de su tiempo. Y éstas son las que ahora vamos a comentar. Por ejemplo: su manera particular de sentir el realismo, la manera como llegó a convertirse en el eje de su pintura. Porque, no lo olvidemos, la pintura de Picasso tiene un eje, y este eje es el realismo.

Se vuelve siempre a los orígenes y el arte de su tiempo está marcado por esta ley: el retorno al origen. Como dice Sabartés: «En las obras de los pintores primitivos que vemos en los museos creíamos descubrir todas las cualidades de nuestra doctrina, creíamos que son prueba de una inocencia no contaminada por el artificio». La inocencia hay que buscarla en los primitivos y una vez encontrada hay que buscar también la propia identidad. La pintura de Picasso comienza a ser más suya, más apropiada a él, con la tristeza de la época azul. Ahora bien, no se puede comprender esa época sin recordar la novela picaresca que se parece tanto a ella y fue una especie de desgarramiento en la novelística de su tiempo. Recordemos lo que Cervantes dijo de la novela pastoril: esto nos servirá al menos de distracción para conllevar las arideces de este estudio. «Digo que todos los pensamientos que he dicho y muchos más me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores, y todos los demás de aquella marina tenían, de aquéllos que había oído leer que tenían los pastores de los libros, porque si los míos cantaban no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino una «Cata el lobo do va, Juanica» y otras cosas semejantes, y esto, no al son de churumbelas, rabeles o gaitas, sino al que hacía dar un cayado con el otro,

o el de algunas tejuelas puestas sobre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas que, solas o juntas, parecía no que cantaban sino que gritaban y gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus abarcas... Por donde vine a entender, lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos y no verdad alguna». He aquí, dicho por Cervantes con toda claridad, la distinción entre la novela realista y la novela de su tiempo. Dando un paso adelante, quizá tendríamos que haber llamado al realismo verismo, ya que Picasso pensaba, con razón, que la realidad y la verdad eran la misma cosa. (Nosotros a continuación y de manera deliberada, utilizaremos ambos términos de modo equivalente. Démosle la razón a quien la tiene y prosigamos nuestro camino.)

Es indudable que el arte tiene muchas obligaciones, entre otras la de permitirnos continuarlo. El arte es una finalidad que no se acaba nunca, es decir, que no tiene final. El arte es una antorcha que no puede apagarse. Y para no apagarse, el arte necesita liberarnos de toda clase de prejuicios artísticos. Hoy en día, gracias a la labor de las generaciones anteriores, sobre todo la de Picasso, hemos perdido buena parte de estos prejuicios. Tenía que ser así, puesto que el intercambio producido por la tensión entre las distintas generaciones es el que produce el cambio histórico. Nosotros hemos aprendido mucho. Nosotros sabemos que el arte necesita siempre continuación, que un cuadro o un poema no se terminan nunca y que, además, somos nosotros quienes los damos por terminados. Pero a principios de siglo nadie sabía estas cosas. Nadie podía saber que un cuadro se interrumpe, pero no se termina, que un cuadro nunca llega a cristalizar y que en la historia del arte nada hay definitivo. Picasso fue quien nos lo enseñó y ahora debemos recordar sus palabras. Son las siguientes: «¿Cuándo has visto tú un cuadro terminado? Ni un cuadro, ni nada. Pobre de ti el día que digas que has acabado algo. ¿Terminar una obra? ¿Completar una pintura? ¡Qué absurdo! Terminar un cuadro significa acabarlo, destruirlo, despojarlo de alma, darle la puntilla como al toro en el ruedo. «L'achever», como dicen aquí; es decir, darle el golpe de gracia, el más desgraciado para el pintor y para el cuadro.»

Estas palabras valen su peso en oro. Picasso sabe, muy bien sabido, que un cuadro se interrumpe, pero no se acaba: como nosotros quienes nos acabábamos en él. Deja bien claro que terminar una pintura es destruirla, y esto supone varias cosas. Por lo tanto, que la obra de arte tiene vida propia, y aunque el autor la dé por terminada, sigue abierta al futuro. Esto es importantísimo, ya que supone que el cuadro sigue abriendo su historia ante los ojos del espectador y, por lo tanto, que nuestra contemplación participa en la creación sucesiva del cuadro. Ni más ni menos. Existe una contemplación vulgar e inane y existe una contemplación creadora que le da al cuadro nueva vida. Así, pues, el espectador debe participar en la creación sucesiva e histórica del cuadro. La historia real ocurre cuando un presente se convierte en posibilidad; es decir, en un presente en marcha hacia el futuro. Esto es lo decisivo del devenir. La historia siempre es futura, la historia sólo se puede hacer desde el futuro presenti-